

Vacilantes se mostraron los plenipotenciarios austriacos antes de autorizar con su firma un tratado de tal naturaleza. Dos eran los puntos capitales sobre cuya reforma insistían, la contribución de guerra de cien millones, y Nápoles. Aquella ya la había reducido Napoleón á cincuenta millones, en consideración de las cantidades que él había tomado directamente en las arcas del tesoro austriaco; en cuanto á Nápoles no había que hablarle.

Se creyó poder vencerle por un medio de pura cortesana, haciendo que pasara á verle el archiduque Carlos, príncipe cuyos talentos y carácter sabía honrar Napoleón y con el cual nunca se había encontrado. Propúsosele, pues, si se dignaría recibir su visita en Viena, y la aceptó con sumo gusto, pero decidido á mantenerse firme en su propósito. Creyóse desde luego que ese príncipe, uno de los más famosos capitanes de la Europa, quizá lograría desarmar á Napoleón, en exponiéndole los recursos de que aún podía echar mano la monarquía austriaca, y pintándole cuáles eran los sentimientos del ejército, todo él dispuesto á inmolarse antes que consentir en un tratado ignominioso, protestas que el archiduque presentaría con colorido de amistosas instancias. Por lo mismo, aunque Mr. de Talleyrand insistía en que cuanto antes se firmase el ajuste, los plenipotenciarios austriacos respondían que eso fuera exponerse á que se les acusara de haber vendido á su patria, y que no firmarían hasta ver el resultado de la entrevista del archiduque con Napoleón.

Sin embargo, como Mr. de Talleyrand salió ofreciendo, bajo su propia responsabilidad, la rebaja de tres millones en los cincuenta de la contribución de guerra, los plenipotenciarios firmaron el 26 de diciembre ese tratado de Presburgo que fué uno de los más gloriosos que Napoleón concluyera, y el mejor concebido sin duda alguna; porque si bien fueron más inmensos los Estados que después obtuvo la Francia, los pactos que los trajeron no eran ni con mucho tan aceptables para la Europa, y por tanto tampoco tan sólidos. No otra cosa hicieron ya los plenipotenciarios austriacos sino recomendar la casa real de Nápoles á la generosidad del vencedor, por medio de una carta firmada, en común. El archiduque se vió con Napoleón el 27, en uno de los sitios del emperador austriaco, y fué recibido con las atenciones debidas á su rango y á su gloria. Entretuviéronse hablando del arte militar, cosa muy natural entre dos tan famosos capitanes, tras lo cual se despidió el archiduque sin haber dicho una palabra tocante á las cosas de los dos imperios (1).

Napoleón tomó al instante cuantas disposiciones fueron menester para evacuar el Austria. Despachó por el Danubio los dos mil cañones y los cien mil fusiles que contenía el arsenal de Viena, yendo destinadas para Palma-Nova ciento cincuenta piezas de artillería, con

(1) Pase así pues que Thiers nos lo cuenta, pero para creerlo fuera menester pensar del archiduque Carlos nada ventajosamente. Otros dicen que Napoleón tenía dispuesto despedir aquel príncipe regalándole una espada magnífica, pero que no siendo de su gusto las claridades con que se le reprendió la dureza con que trataba al imperio austriaco, se enojó y se guardó el regalo. Así lo asegura también Rapp en sus Memorias. (N. del T.)

objeto de armar aquella plaza importante, y llave, por decirlo así, de los Estados venecianos de tierra firme. Dispuso la marcha de las tropas de modo que pudiera cumplirse con jornadas cortas, pues no quería que se retrasasen á marchas dobles como las que habían hecho al ir á la guerra. Tomó cuantas medidas parecieron convenientes para que abundasen los víveres en todo el tránsito; é hizo que se distribuyese entre la oficialidad una gratificación de dos millones de francos, á fin de que cada individuo entrase en el inmediato goce de los rendimientos del triunfo. A Berthier se le encomendó el cuidado de poner á todo el ejército en el territorio francés; ni un soldado debía verse en Viena al cabo de cinco días, y todos habían de haber pasado el Inn dentro de veinte. Fué convenio que la plaza de Brunau quedara con guarnición francesa hasta el pago íntegro de la contribución de cuarenta millones.

Tras esas disposiciones, Napoleón salió para Munich en donde fué recibido con un entusiasmo loco. Los bávaros que habían de venderle cuando le vieran caído, y dejarse matar antes que abrir paso en Hanau al ejército francés en derrota, le cubrían de aplausos y de aclamaciones; seguían con una curiosidad insaciable al conquistador que les había libertado de una invasión, constituido en reino, y enriquecido con los despojos del Austria vencida... Napoleón, después de haber asistido al enlace de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta, después de haber tomado parte en la dicha de un hijo que él adoraba, y haber gozado de la admiración de los pueblos, ansiosos de verle, y de las lisonjas de una enemiga (la electora de Baviera), salió para París donde le esperaba la Francia entusiasmada.

Una campaña de tres meses, en lugar de una guerra de muchos años como se temió en sus principios; el continente desarmado; el imperio francés alcanzando límites que nunca hubiera debido pasar; nuestras armas cubiertas de una gloria deslumbradora; el crédito público y particular milagrosamente restablecido; nueva perspectiva de paz y de prosperidad abierta á la nación; he ahí todo lo que se le quería pagar con el grito mil veces repetido de ¡Viva el emperador! En el mismo Strasburgo, al paso del Rhin, se le saludó ya con esas aclamaciones que le acompañaron hasta entrar en París el 26 de enero de 1806. La entrada fué como cuando regresó de Marengo. Y en efecto, que Austerlitz era para el imperio lo que para el consulado había sido Marengo, pues que éste robusteció el poder consular en manos de Napoleón, como aquél aseguraba la corona imperial en sus sienas. Marengo hizo que la Francia pasase en un solo día de una situación ruinosa á un estado de paz y preponderancia; y Austerlitz, con arrollar en un solo día una liga formidable, producía igual resultado. Para los hombres que estudian los hechos con espíritu reflexivo y sin pasión, si hombres de tal clase pudiesen vivir en medio de acontecimientos tan prodigiosos, no quedaban más motivos de recelo que uno, la conocida inconstancia de la fortuna, y lo más de temer era la pobreza del humano entendimiento que si tal vez sufre la adversidad sin resbalar, por milagro pasaría en la opulencia sin cometer enormes desaciertos.

## ÍNDICE DEL TOMO SEXTO

	Páginas		Páginas
PRÓLOGO . . . . .	1	LIBRO DUODÉCIMO. - Concordato . . . . .	395
LIBRO PRIMERO. - Constitución del año VIII. . . . .	9	LIBRO DÉCIMOTERCIO. - El Tribunado . . . . .	328
LIBRO SEGUNDO. - Administración interior. . . . .	40	LIBRO DÉCIMOCUARTO. - Consulado perpetuo. . . . .	359
LIBRO TERCERO. - Ulm y Génova. . . . .	73	LIBRO DÉCIMOQUINTO. - Las secularizaciones. . . . .	399
LIBRO CUARTO. - Marengo. . . . .	104	LIBRO DÉCIMOSEXTO. - Rompimiento de la paz de Amiéns. . . . .	437
LIBRO QUINTO. - Heliópolis. . . . .	142	LIBRO DÉCIMOSEPTIMO. - Campamento de Boloña. . . . .	483
LIBRO SEXTO. - Armisticio. . . . .	160	LIBRO DÉCIMOCTAVO. - Conspiración de Jorge . . . . .	521
LIBRO SÉPTIMO. - Hohenlinden. . . . .	167	LIBRO DÉCIMONONO. - El imperio. . . . .	550
LIBRO OCTAVO. - Máquina infernal. . . . .	219	LIBRO VIGÉSIMO. - La consagración. . . . .	588
LIBRO NOVENO. - Potencias neutrales. . . . .	234	LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO. - Tercera coalición. . . . .	618
LIBRO DÉCIMO. - Evacuación del Egipto. . . . .	256	LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO. - Ulm y Trafalgar. . . . .	668
LIBRO UNDÉCIMO. - Paz general . . . . .	284	LIBRO VIGÉSIMO TERCERO. - Austerlitz. . . . .	720

## ÍNDICE DE LOS GRABADOS DEL PRESENTE TOMO

	Páginas		Páginas
Revista militar en el Carroussel, dibujo de Marold. . . . .	1	Toussaint-Louverture. . . . .	349
Bonaparte, primer cónsul. . . . .	17	Monseñor de Belloy, arzobispo de París. . . . .	369
Jourdán. . . . .	25	Regnier. . . . .	395
Duroc. . . . .	27	Carlos Fox (según un grabado de Cornotto; original de F. Sloane). . . . .	481
Lacepede. . . . .	41	Mr. de Fontanes. . . . .	485
Benjamín Constant. . . . .	47	El almirante Bruix. . . . .	503
Jorge III de Inglaterra. . . . .	57	El duque de Enghién. . . . .	545
Lecourbe. . . . .	79	Lefebvre. . . . .	581
Soult. . . . .	87	El almirante Decrés. . . . .	593
Leclerc. . . . .	91	El cardenal Fesch. . . . .	611
Marmont. . . . .	105	Napoleón I, emperador. . . . .	613
Lannes. . . . .	123	La emperatriz Josefina. . . . .	615
Pío VII. . . . .	135	Eugenio Beauharnais. . . . .	645
Latour d'Auvergne, el primer granadero de Francia. . . . .	139	Bernadotte. . . . .	671
Fouché. . . . .	187	El almirante Villeneuve. . . . .	709
Talleyrand. . . . .	303	El general Oudinot. . . . .	737
Luis Bonaparte. . . . .	335		
Mr. de Portalis. . . . .	343		

PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

	Páginas
Melas. . . . .	120 -
Bonaparte en la batalla de las Pirámides. . . . .	142 -
El príncipe de la Paz. . . . .	170 -
Nelson. . . . .	270 -
Fernando IV. . . . .	292 -
El papa Pío VI. . . . .	312 -
Chateaubriand. . . . .	372 -
Napoleón Bonaparte. . . . .	512 -
El general Brune en casa de Camilo Desmoulins. . . . .	542 -

